



www.loqueleo.santillana.com

Título original: THE GREAT GILLY HOPKINS
© 1978 del texto: KATHERINE PATERSON
© 1982 de la traducción: ALONSO CARNICER McDERMOTT
© 2015 de la cubierta: RICHARD ZELA

© De la edición:
2015, EDITORIAL SANTILLANA, S.A. DE C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4
Col. Acacias, México, D.F., 03240

© De esta edición (revisada y corregida):
2017, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5240-3
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: abril de 2017

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustración de cubierta: RICHARD ZELA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Paterson, Katherine
La gran Gilly Hopkins / Katherine Paterson. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2017.
208 p. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

Traducción de: Alonso Carnicer McDermott.
ISBN 978-950-46-5240-3

1. Narrativa Juvenil. I. Carnicer McDermott, Alonso, trad. II. Título.
CDD 863.9283

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ABRIL DE 2017 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

La gran Gilly Hopkins

Katherine Paterson

Ilustración de cubierta de Richard Zela

loqueleg

*Para Mary, de su madre
auténtica y adoptada, con cariño.*

Bienvenida a Thompson Park

7

—Gilly —dijo la señorita Ellis, sacudiendo sus largos cabellos rubios hacia la pasajera del asiento de atrás—, necesito saber que estás dispuesta a hacer un pequeño esfuerzo.

Galadriel Hopkins desplazó el chicle hacia la parte anterior de la boca y empezó a soplar suavemente. Sopló hasta que apenas podía percibir ya, a través del globo color rosa, el contorno de la cabeza de la asistente social.

—Este será tu tercer hogar en menos de tres años. —La señorita Ellis sacudió su melena rubia de izquierda a derecha y a continuación empezó a girar el volante hacia la izquierda, en una cuidadosa maniobra—. No seré yo quien diga que ha sido todo culpa tuya. El que los Dixon se trasladaran a Florida, por ejemplo. Simplemente, mala suerte. Y el que la señora Richmond tuviera que ingresar en el hospital —a Gilly le pareció advertir una pausa larga y pensativa antes de que la asistente social prosiguiera— a causa de sus nervios.

¡Paf!

La señorita Ellis dio un respingo y lanzó una mirada al retrovisor, pero siguió hablando con su voz serena y profesional mientras Gilly recuperaba los trocitos de chicle que tenía pegados en sus cabellos desaliñados, en las mejillas y en el mentón:

—Deberíamos habernos informado mejor acerca de su estado de salud antes de concederle la tutoría de cualquier niño adoptivo. Fui *yo* quien debía haberme informado mejor.

“¡Diablos!”, pensó Gilly. “Aquella mujer se lo estaba tomando en serio de verdad. ¡Qué paliza!”.

—No intento *echártelo en cara*, Gilly. Es solo que necesito, que todos necesitamos, tu cooperación para que esto vaya adelante —otra pausa—. No puedo imaginar que a ti te *guste* todo este trajín de acá para allá —los ojos azules en el retrovisor comprobaban la reacción de Gilly—. Pero esta madre adoptiva es muy diferente de la señora Nevins.

Tranquilamente, Gilly desprendió con dos dedos una bolita de goma de mascar que tenía en la punta de la nariz. Era inútil pretender arrancar el chicle pegado al pelo. Se recostó en el asiento e intentó mascar el trozo que había logrado rescatar. Se le pegaba a los dientes en una delgada capa. Del bolsillo de los jeans sacó otra bola de chicle, quitándole la pelusa con la uña del pulgar antes de metérselo en la boca con mucha ceremonia.

—Hazme un favor, Gilly. Procura empezar con el pie derecho, ¿de acuerdo?

Gilly se imaginó a sí misma haciendo piruetas por la sala de estar de su casa adoptiva sobre un solo pie, como una patinadora sobre hielo. Con el otro pie estaba dándole en plena boca a la próxima madre adoptiva. Paladeó su nueva ración de chicle con fruición.

—Y hazme otro favor, ¿quieres? ¿Puedes deshacerte de ese chicle antes de que lleguemos allí?

Complaciente, Gilly sacó el chicle de la boca mientras los ojos de la señorita Ellis permanecían fijos en el retrovisor. Luego, cuando la asistente social desvió de nuevo su atención hacia el tráfico, Gilly extendió el chicle cuidadosamente en la parte inferior de la manivela de la puerta izquierda, como una sorpresa pegajosa para la próxima persona que fuera a abrirla.

Dos semáforos más allá la señorita Ellis pasó hacia el asiento posterior una toallita de papel.

—Toma —le dijo a Gilly—, mira a ver si puedes hacer algo con esa porquería que tienes en la cara antes de que lleguemos.

Gilly se pasó apresuradamente el pañuelito mojado por la boca y seguidamente lo dejó caer en el suelo.

—Gilly... —suspiró la señorita Ellis, manipulando el elegante cambio de marchas de su coche—, Gilly...

—Mi nombre —dijo Gilly entre dientes— es Galadriel. La señorita Ellis pareció no haber oído.

—Gilly, le darás una pequeña oportunidad a Maime Trotter, ¿verdad? Es realmente una persona encantadora.

10

“Pues entonces sí que estamos fritos”, pensó Gilly. Al menos nadie había acusado al señor o a la señora Nevins, sus padres adoptivos más recientes, de ser “encantadores”. La señora Richmond, la que estaba mal de los nervios, también había sido declarada “encantadora”. La familia Newman, que no podía tener en su casa a una niña de cinco años que se hacía pis en la cama, también era “encantadora”. “Bien, ya tengo once años, amigos, y por si no se han enterado aún, ya no me hago pis en la cama. Pero no soy encantadora. Soy un genio. Me conocen a lo largo y ancho del país. Nadie quiere líos con la gran Galadriel Hopkins. Soy demasiado espabilada y difícil de controlar. La horripilante Gilly, me llaman”. Se apoyó cómodamente en el respaldo. “Aquí vengo, Maime, muñeca, estés preparada para ello o no”.

Habían llegado a una zona de altos árboles y casas viejas. La asistente social aminoró la marcha y paró el coche junto a una cerca de color blanco bastante sucia. La casa que circundaba era vieja y de color pardo, con un porche que daba a la casa un cierto aspecto panzudo.

De pie en el porche, y antes de llamar al timbre, la señorita Ellis sacó un peine.

—¿Por qué no intentas pasarte esto por el pelo?

Gilly sacudió la cabeza:

—No puedo.

—Vamos, Gilly...

—No, no puedo peinármelo. Voy por el récord mundial de no peinarse el pelo.

—Gilly, por el amor de Dios...

—¡Eh, hola! Ya me parecía a mí que había parado un coche. —La puerta se había abierto, y una mujer grande como un hipopótamo ocupaba toda la entrada—. Bienvenida a Thompson Park, Gilly, cariño.

11

—Galadriel —murmuró Gilly, aunque no tenía esperanzas de que aquel barril de grasa fuera capaz de pronunciar su verdadero nombre. ¡Caray, tampoco hacía falta que la colocaran con semejante fenómeno de feria!

La mitad de una cara diminuta, rematada por una cabellera de color marrón fangoso, y enmascarada tras unas gruesas gafas de marco metálico, asomaba detrás de la cadera gigantesca de la señora Trotter.

La mujer miró hacia abajo:

—Ay, perdona, vida mía. —Rodeó la cabeza con el brazo como para atraerla hacia adelante, pero la cabeza se resistía—. Quieres conocer a tu nueva hermanita, ¿no? Gilly, este es William Ernest Teague.

La cabeza desapareció en un abrir y cerrar de ojos detrás de la masa de la señora Trotter. Esto no pareció preocuparla:

—Pasa, pasa. No te quedes ahí en el porche como si fueras a venderme algo. Ahora estás entre los tuyos.

—Retrocedió por el pasillo. Gilly podía sentir en la espalda los dedos de la señorita Ellis, que la empujaban suavemente hacia la puerta y dentro de la casa.

El interior estaba oscuro y atiborrado de trastos. Aquello pedía a gritos que se pasara un plumero.

12 —William Ernest, cielo, ¿quieres enseñarle a Gilly dónde está su habitación?

William Ernest, negando con la cabeza, se agarró a la bata floreada de la señora Trotter.

—Bueno, ya nos ocuparemos de eso más tarde. —Los condujo por el pasillo hasta la sala de estar—. Y ahora siéntate, que estás en tu casa. —Dedicó a Gilly una sonrisa tan ancha como su cara, como en los anuncios sobre métodos para adelgazar donde aparecían dibujados un “antes” y un “después”; un cuerpo de “antes” con una sonrisa de “después”.

El sofá era marrón y bajo, con un montón de cojines apilados en un extremo y cubiertos de encaje grisáceo. En la parte opuesta de la habitación se veía un sillón desvencijado, también de color marrón, que hacía juego con el sofá. De la única ventana, situada entre ambos muebles, pendían unas cortinas de encaje gris; junto a la ventana había una mesa negra, y sobre ella descansaba un televisor antiguo con antena en forma de V. En casa de los Nevins tenían televisión a color. En la pared de la derecha, entre la puerta y la butaca, había un piano vertical con un polvoriento banco de color

marrón. Gilly tomó uno de los cojines del sofá y con él borró hasta el último rastro de polvo antes de sentarse en el banco.

Desde el sillón los ojos de la señorita Ellis se clavaban en ella con una mirada furibunda y poco profesional. La señora Trotter aposentaba lentamente su mole sobre el sofá y asentía con una risita:

—Bueno, ya nos hacía falta tener por aquí a alguien que cambiara un poco el polvo de sitio, ¿verdad, William Ernest, cielo?

13

William Ernest, encaramándose en el sofá, se tumbó tras la espalda de la enorme mujer como si fuera una almohada, asomando la cabeza de vez en cuando para lanzar una mirada furtiva hacia Gilly.

Gilly aguardó a que la señora Trotter y la señorita Ellis estuvieran hablando, y entonces, mirando al pequeño W. E., puso la cara más espantosa de todo su repertorio de miradas horripilantes, una especie de combinación del conde Drácula y Godzilla. La pequeña cabeza de pelo fan-goso desapareció más deprisa que el tapón de un tubo de dentífrico al colarse por el desagüe de un lavabo.

Gilly no pudo contener una risita. Las dos mujeres se dieron vuelta para mirarla. Adoptó inmediatamente y sin dificultad su expresión de “¿Quién, yo?”.

La señorita Ellis se puso de pie:

—Tengo que volver a la oficina, señora Trotter. Ya me avisará... —se dirigió a Gilly con dardos en sus

grandes ojos azules—, me avisará si surge algún problema, ¿verdad?

Gilly obsequió a la señorita Ellis su mejor sonrisa de tiburón.

Entretanto la señora Trotter se izaba penosamente sobre los pies.

14 —Usted no se preocupe, señorita Ellis. Gilly, William Ernest y yo casi somos amigos ya. Mi pobre Melvin, que en paz descanse, siempre decía que para mí no había ningún extraño, y si hubiera dicho ningún niño extraño, habría tenido todavía más razón. Nunca he conocido una criatura con la que no haya hecho buenas migas.

Gilly no había aprendido aún a vomitar adrede, pero de haber sido así le habría encantado devolver al oír aquello. Así pues, como no podía dar la respuesta que la situación requería, levantó las piernas y, girando sobre el asiento del piano hasta quedar de cara al teclado, empezó a aporrear una tonada con la mano izquierda y otra diferente con la derecha.

William Ernest bajó gateando del sofá para seguir a las dos mujeres, y Gilly se quedó sola con el polvo, el piano desafinado y la satisfacción de haber empezado realmente con el pie derecho en su nuevo hogar. Podía aguantar cualquier cosa, se dijo, una tutora desagradable, un niño estrafalario y una casa fea y sucia, con tal de mandar ella.

Y ya había iniciado adecuadamente el camino.